

## De alianzas, aliados y alternativas

Mckinsey, Lauren y Nossal, Kim Richard, *America's Alliances and Canadian-American Relations*. Toronto, Canadian Institute of international Affairs-Institute on Canada and the United States, Summerhill Press, 1988, 223 pp.

**Ma. Cristina Rosas González**

Nadie (ni siquiera una potencia mediana como México) ha sido tan activo en los escenarios principales de la confrontación Este-Oeste (nota: recuérdese que tropas canadienses combatieron en la Guerra de Corea), por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial, como los Estados Unidos y Canadá. Norteamérica, en términos de geopolítica, es una Norteamérica de dos.

**William T.R. Fox**

Luego de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, numerosos países de Europa Occidental y otros de economías de mercado, acordaron conformar alianzas de seguridad mutua en un intento por contener al que parecía ser el país que más atentaba en contra del "mundo libre", esto es, la Unión Soviética. Una de las características de las alianzas, fue la preponderancia de los Estados Unidos en las mismas. Ello se explica en virtud de que los Estados aliados con los estadounidenses eran relativamente pequeños, como Canadá o Australia, o recién acababan de participar en la guerra, como Japón y los países europeos. De esta manera, se sentaron las bases para que Estados Unidos y la Unión Soviética dieran una caracterización a la guerra fría entre Occidente y Oriente.

Sin embargo, han transcurrido cuatro décadas caracterizadas por la tensión entre Estados Unidos y sus aliados, especialmente en las diversas concepciones existentes en torno a la naturaleza de la amenaza soviética, la lógica de la contención, así

como de la distribución equitativa de las aportaciones que los miembros deben otorgar a la alianza.

¿Cuál es la razón que explica la conformación de alianzas por parte de Estados que no necesariamente aprueban la política exterior de Estados Unidos? La respuesta reside en el hecho de que la membresía en una determinada alianza es vista por un cierto Estado, como poseedora de un valor básico que no podría ser alcanzado fuera de dicha alianza (p. 36).

Un ejemplo de lo anterior es la posición de diversos países de Europa Occidental con respecto a la Organización del Tratado del Atlántico Norte antes y después de su creación. El acontecimiento que marcó la pauta para la adhesión de los Estados europeos a la OTAN fue la intervención soviética en Checoslovaquia en 1948. El temor que despertó la actitud soviética desembocó en un consenso en los países de Occidente, no sólo en torno a la naturaleza de la amenaza, sino en lo que podría implicar el ser "autónomos" fuera de una alianza auspiciada por un país tan poderoso como Estados Unidos.

Como correctamente apunta el profesor Nossal, el dilema para la continuación de la membresía en una determinada alianza, surge cuando las fuerzas desintegradoras rompen el consenso inicialmente alcanzado. La desintegración es una consecuencia inevitable al paso del tiempo, en virtud de las necesidades de una sucesión generacional en el liderazgo político, así como por los cambios en la correlación de fuerzas de la política internacional, incluyendo las modificaciones en materia económica, política y tecnológica. Es decir, si bien una alianza puede cumplir exitosamente con los objetivos que inicialmente se planteó, ya sean ofensivos o defensivos, su *raison d'être* comienza a disminuir inexorablemente.

En el caso de una alianza defensiva, esta situación es particularmente problemática, puesto que, una vez que la alianza haya afrontado la amenaza inicial



de manera adecuada, es inevitable el que la amenaza percibida disminuya o sea disminuida a lo largo de la existencia de la alianza. Cuando eso ocurre, los cálculos realizados que dieron origen a la alianza ya no parecen ser los más apropiados. Nuevamente aparecen las tendencias independentistas y de autonomía nacional de parte de cada uno de los miembros de la alianza en diversas proporciones.

De un deseo de autonomía nacional se pasa a actitudes unilaterales. Los ejemplos son diversos, y también ambiguos. En ese sentido puede entenderse la Iniciativa de Defensa Estratégica esbozada por Estados Unidos durante la presidencia de Ronald Reagan; el exitoso intento de Nueva Zelanda para imponer sus criterios estratégicos a la alianza integrada por los países miembros del ANZUS: el intento, de parte de la administración Reagan, por mostrar y delinear sus puntos de vista en torno a la manera en que los aliados de la OTAN deberían negociar con la Unión Soviética; la negativa de diversos países europeos occidentales a proporcionar apoyo a Estados Unidos durante la crisis de Medio Oriente de 1973: la negativa de prácticamente la totalidad de los miembros de la OTAN a apoyar la política exterior estadounidense en Viet Nam en los años sesenta la actitud "independentista" de parte de Francia con respecto a la alianza atlántica a mediados de los años sesenta; las profundas diferencias de opinión que manifestaron los mismos países de la OTAN en torno a las fuerzas multilaterales; el despliegue de fuerzas realizado por Francia y la Gran Bretaña durante la crisis del Canal de Suez en Egipto en 1956; y las grandes diferencias de opinión que salieron a relucir en la alianza acerca de la intervención china durante la Guerra de Corea.

Lo anterior ilustra el hecho de que, la pertenencia en una determinada alianza, no necesariamente implica la unidad de criterios y posiciones unívocas en torno a determinada problemática. Todo lo contrario: es la diversidad de opiniones la que posibilita la existencia de la alianza en cuestión, de otra manera, la única solución sería disolverla.<sup>1</sup>

Ahora en que la configuración de las relaciones internacionales se ha modificado sustancialmente, el futuro de las alianzas, como claramente se vislumbra, implicará modificaciones sustanciales acordes a las nuevas circunstancias. Aspectos como la unificación de las Alemanias, la desaparición de la "amenaza soviética", la consolidación de la Comu-

nidad Económica Europea, etc., hacen pensar en la necesidad de alcanzar un nuevo equilibrio de parte de los Estados miembros de la OTAN, así como de otras alianzas, a fin de evitar que sea la realidad la que se supere y rebase.

Sobre este punto, el ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, Mark Eyskens, ha enfatizado la importancia de dar una nueva caracterización a la OTAN al decir, entre otras cosas, que será necesario:

- Que la OTAN dé prioridad a los aspectos políticos de la alianza, incluso, en relación a terceros países. Por ejemplo, la OTAN, junto con la Comunidad Económica Europea podrían actuar conjuntamente dentro del proceso de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), trabajando para el establecimiento de una comunidad europea de seguridad.
- La membresía, de una Alemania unificada, en la OTAN, ya que, una Alemania neutral fuera de la alianza atlántica podría erigirse sin control, como una amenaza. Además, el nuevo Estado alemán estará en la posibilidad de decidir libremente, su permanencia o no en la OTAN.
- La OTAN, al lado de la Unión Europea Occidental (UEO) puede desempeñar un importante papel en la verificación y supervisión de las medidas de desarme.
- El evitar que, una vez resueltas la mayoría de los conflictos internacionales, se de un resurgimiento del nacionalismo europeo en virtud del renacimiento del Estado nación.<sup>2</sup>

Como se ve, la gran mayoría de las propuestas arriba citadas denotan una iniciativa europea, misma que implica reemplazar el *status* asumido por Estados Unidos. Efectivamente, ahora Estados Unidos ha pasado a ser el "primero entre iguales" (p. 219), o, parafraseando a Paul Kennedy, es "la potencia número uno en decadencia" y no la potencia hegemónica bajo cuya égida solía girar el mundo hace cuarenta años.<sup>3</sup>

Sin embargo, de todo lo anterior se desprende un hecho fundamental. Con la disminución del poderío estadounidense y las reformas que tienen lugar en la Unión Soviética, el paso específico de ambos actores posibilita un equilibrio estratégico que, de ahora en adelante girará en torno a Europa. De la madurez que cada Estado muestre, dependerá el futuro de las alianzas.

<sup>2</sup> Eyskens, Mark, "The history of the future", *NATO Review*, núm. 3-june 1990, vol. 38, pp. 5-6.

<sup>3</sup> Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, Vintage Books, 1989, p. 540.

<sup>1</sup> Véase Nincic, Miroslav, *How war might spread to Europe*, London, Taylor & Francis, 1985, p. 8.